

# Beethoven, Britten y Ravel: un lujo de programa

**JUAN ANTONIO MUÑOZ H.**

Hay programas que se agradecen por las obras que reúnen y otros que, además, permiten escuchar de qué está hecha la música de cámara. El concierto ofrecido en Casas Lo Matta por el Cuarteto de Cuerdas Loewe —Bastian Loewe y Livia Loewe-Barchtold, violines; Pietro Montemagni, viola, y Milena Marena, violoncello— tuvo esa doble virtud. Beethoven, Britten y Ravel trazaron un recorrido extraordinario por más de un siglo de escritura para cuerdas, pero fueron también una ocasión para comprobar hasta qué punto un cuarteto puede convertirse en un solo organismo sonoro.

El Cuarteto de cuerdas en Re Mayor, Op. 18 N° 3, de Beethoven, pertenece a un compositor todavía joven, pero ya consciente de las posibilidades que la forma heredada podía ofrecerle. Hay una música que mira hacia Haydn y Mozart, pero bajo la claridad de la escritura aparece una tensión que anuncia al Beethoven que vendrá. El desafío interpretativo quedó particularmente expuesto en el *Presto*. Su velocidad no es solo una cuestión de virtuosismo: exige precisión absoluta en los ataques del primer violín —notable Bastian Loewe—, articulación, respiración conjunta y una conciencia permanente de

lo que hacen los otros tres instrumentos. El ensemble lo abordó con admirable seguridad, sin convertir la velocidad en exhibición. La música avanzó con nervio, pero conservando su arquitectura. Conmovedor resultó el *Andante con moto*, donde la interpretación encontró una respiración amplia y permitió que apareciera la dimensión lírica de la obra. Allí el cuarteto mostró una de sus mayores virtudes: la capacidad de hacer que cuatro líneas independientes parezcan surgir de un mismo aliento.

El salto hacia Benjamin Britten, en el año en que se conmemora el 50º aniversario de su muerte, fue considerable. Su Cuarteto de cuerdas N° 1 en Re Mayor, Op. 25, compuesto en 1941, posee una personalidad inconfundible. Es música de enorme concentración, donde las relaciones entre los instrumentos parecen sometidas a una permanente electricidad interna. Desde el primer compás emerge su lenguaje: la precisión de la escritura, la tensión rítmica, la manera de hacer convivir lirismo y aspereza, transparencia y densidad.

No se trata de una obra que entregue fácilmente sus secretos. Exige del oyente una escucha atenta y, de los intérpretes, una integración extraordinaria. El desafío es enorme: cada entrada tiene consecuencias sobre las demás; cada cambio de

carácter requiere una reacción inmediata; cada silencio participa de la construcción del discurso. El Cuarteto Loewe consiguió esa unidad sin borrar las personalidades de las voces. La música conservó su complejidad, pero nunca apareció como una acumulación de dificultades. Por el contrario, el conjunto permitió escuchar no solo la modernidad de Britten, sino también su capacidad para producir belleza a partir de materiales inquietos, tensos y, en ocasiones, deliberadamente incómodos.

Con Maurice Ravel llegó otra transformación radical. El Cuarteto de cuerdas en Fa Mayor, compuesto en 1903, es una de esas obras en las que la perfección formal parece inseparable de la imaginación sonora. El refinamiento del sonido, la precisión de los ataques, la transparencia de las voces y la notable compenetración entre los cuatro músicos permitieron que la obra apareciera en toda su riqueza. Especialmente hermoso fue el comienzo del tercer movimiento, *Très lent*, con esas líneas de la viola que parecen detener el tiempo. La escritura adquiere una dimensión casi suspendida y el sonido de las cuerdas se convierte en materia sensible. En ese paisaje sonoro, el violoncello va adquiriendo una presencia particular, atrayendo la atención hacia su voz sin romper jamás el equilibrio del conjunto.